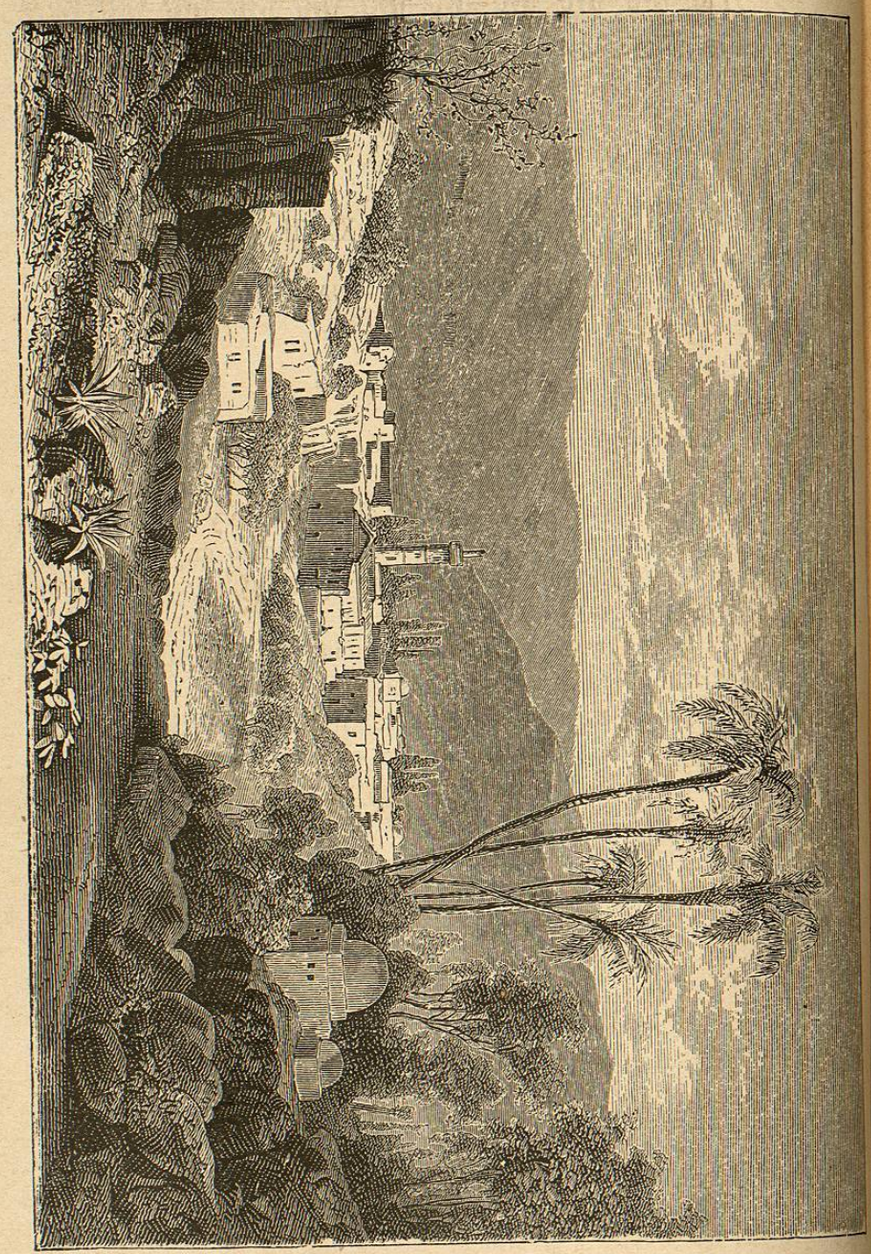

NAZARET, CIUDAD DE GALILEA DONDE FUÉ CONCEBIDA MARÍA SANTÍSIMA

CAPÍTULO XXVII

EL CARMELO.—NAZARET

I

La primavera.—Caifa.—Los lentiscos.—Los laureles.

El otoño seco y abrasador, y el crudo frío y lluvioso invierno que hemos pasado en reclusión, los hemos empleado en volver á ver lo que ya habíamos visto, y en volver á leer lo que teníamos escrito.

Esta lenta revisión no ha producido modificación alguna en nuestra manera de ver, antes bien, no ha hecho otra cosa que confirmarnos en nuestras primeras impresiones. Sin embargo, íbamos poco á poco cayendo en cierta especie de entorpecimiento, volviendo á hacer el día siguiente lo que habíamos hecho por la víspera.

No hemos despertado de esta especie de letargo hasta el mes de Mayo, cuando los pajarillos del cielo con sus dulces trinos han venido á anunciarnos la llegada de la primavera, y ésta con sus flores y verdor ha refrescado nuestros fatigados ojos. Entonces se ha apoderado de nosotros una necesidad inmensa de obrar, de ver otros horizontes, de visitar otros santuarios. Nazaret, Caná, Séforis, Naim, Tiberíades y el Tabor, nos solicitan con invencible violencia, y como Jesús después de su resurrección, nos lanzamos hacia los risueños países de la Galilea.

Pasando por Jafa, en donde tomamos el camino del mar, nos hallamos en día y medio al pie del monte Carmelo, sombrío promontorio coronado por un monasterio, cuya blancura contrasta con el azul del firmamento. En la base de la montaña,

sombreada por magníficos algarrobos, se extiende la pequeña pero pintoresca ciudad de Caifa, que ve cada día aumentar su prosperidad, después que los emigrados alemanes han venido á dar vuelo á su comercio y á explotar la riqueza del suelo que la rodea. Sus hermosos jardines con plantas exóticas, la ciñen de una especie de muralla de verdor. En la playa, bellas palmeras elevan sus gigantescas y elegantes copas sobre las higueras, naranjos y nopales que crecen á sus pies. Esta vegetación tropical que tanto alegra la vista nos encanta por su novedad.

No se puede ir en el mismo día á Nazaret, lo que nos valdrá el pasar una noche en el Carmelo.

El camino que desde Caifa conduce á la montaña de Elías, atraviesa una plantación de olivos y campos cultivados, elevándose después rápidamente por grandes escaleras de piedra hasta la plataforma sobre que está edificado el convento. Los flancos de la colina están cubiertos de lentiscos, robles y laureles.

Llegados al monasterio, llamamos en una pequeña puerta de hierro. Viene un Carmelita á abrirnos y nos recibe con la mayor cordialidad.

II

La Madonna.—La gruta de Elías.—El terrado.—El golfo. El campo de los Profetas.

Después de haber tomado posesión de la habitación que nos fué designada, nos trasladamos á la iglesia. Ocupa precisamente el centro del monasterio, y señala el sitio en que el Profeta invocaba con tantos siglos de anticipación á la Virgen que había de dar á luz al Salvador. Edificada y destruida muchas veces desde el origen del cristianismo, fué levantada de nuevo en 1827, gracias á los trabajos y heroico valor de Fr. Juan Bautista de Frascatti, religioso lego que recorrió la Europa recogiendo limosnas para tan santa empresa.

Debajo del altar mayor, coronado por una magnífica estatua de María teniendo en la mano el escapulario, se halla la gruta excavada enteramente en la roca, que habitaron Elías y Eliseo. Esta cueva es venerada y visitada, no solamente por los

católicos, sino también por los musulmanes, por los judíos y las diversas sectas de la Siria y Palestina.

Desde la antigüedad más remota fué considerado el Carmelo por las poblaciones circunvecinas como una montaña santa, la montaña de Dios. Los Profetas del Altísimo confundían allí á los adivinos de Baal, y el mismo Pitágoras iba á su cima á adorar la divinidad misteriosa que prometió á Vespasiano el imperio del mundo. Después de mediodía exploramos los alrededores del convento, y á la caída de la tarde subimos al terrado, elevado muchos centenares de pies sobre el abismo. Es seguramente uno de los más bellos sitios del universo. A mano derecha veíamos el golfo animado y hermoseado por las ciudades de Caifa y San Juan de Acre; más allá las cimas doradas del Líbano; ante nosotros y á nuestros pies, teníamos la mar azul, profunda, inmensa, confundiéndose á lo lejos con el cielo por sus suaves y delicadas tintas. El sol, que se pone en un horizonte de agua, dora admirablemente la superficie de las olas.

Ninguna descripción puede hacer comprender la transparencia del aire en Siria y la riqueza de matices que toma la naturaleza al acercarse la noche. A la tardecita, el astro del día parece precipitar su marcha; el crepúsculo dura apenas un instante y nos hallamos repentinamente sumergidos en la obscuridad. ¡Cuán solemne es este momento sobre la montaña bíblica! Todo enmudece, todo reposa alrededor del monasterio. No se oye más que el ruido de la mar y de los vientos, que resonando en las cavernas sube hasta nosotros con una armonía sublime. Parécenos oir resonar los cánticos inspirados de los profetas y reyes de Israel, mezclados con las cadencias solemnes de las arpas eólicas.

Al día siguiente nos despedimos del Carmelo, del Santuario y de los Padres que tan bien nos habían acogido, y mientras cantaban las aves en la enramada y se iluminaban las olas con los primeros rayos de la aurora, bajamos rápidamente la montaña á fin de partir de madrugada al término deseado.

III

El carro con bancos.—Los Fellahines.—Las llanuras de Esdrelón.—El accidente.

Diversos caminos más ó menos pintorescos conducen á Nazaret, pero sólo por uno pueden transitar los carruajes. Este es precisamente el que nosotros seguimos, colocados en una suerte de *coche* que no es otra cosa que un horrible carro con bancos, cuyos perpetuos crujidos producen á cada instante la desagradable impresión de un próximo accidente. Poco á poco se va uno acostumbrando y comienza á maravillarse del espectáculo que se ofrece á la vista, hasta que las penosas sensaciones ceden al fin el plazo á la admiración.

Durante un cuarto de hora gozamos de la hermosa vista de los jardines y palmeras que cubren las costas de Caifa, penetrando después en la célebre llanura de San Juan de Acre surcada por los numerosos afluentes del Cisón. Es verdaderamente magnífica, y sería indudablemente una de las más fértiles del globo, si una mano de hierro no dejase sentir su irresistible peso así sobre el suelo como sobre los habitantes, no dejando tras de sí más que ruinas y desiertos.

Llegados junto á *El-Hartieh*, pequeña aldea rica en buenas aguas y rodeada de verdor, hicimos alto para desayunarnos á la orilla de un bosque lleno de olivos, de lentiscos, de robles y de plantas de todas suertes. Quedamos verdaderamente poseídos por la impresión de la soledad y la majestad del más profundo silencio. El cielo es espléndido, el sol juguetea por entre el follaje, pájaros brillantemente coloreados saltan de rama en rama, levantamos innumerables perdices apenas salvajes que corren por la hierba cual si fueran gallinas domésticas. Algunos fellahines vienen á frecernos agua de la fuente, frutas y leche. Su tímida y dulce fisonomía, la gravedad de su marcha, la gracia de sus movimientos, su antiguo traje, el lugar, las circunstancias todas del acto tan simple que acababan de ejecutar, todo contribuía á transformarlo en episodio bíblico.

Al salir de *El-Hartieh*, el país cambia de aspecto: empiezan

á verse colinas cultivadas y plantadas de olivos, zarzales cubiertos de blancas flores extraordinariamente bellas y algunos claros tapizados de fina y olorosa hierba. Estas colinas, estrechándose entre sí, forman una serie de desfiladeros que desembocan en la inmensa llanura de Esdrelón, que, á pesar de los estragos del desmonte, es todavía la justa admiración de todos los viajeros. Aunque estamos todavía en Mayo, se hallan allí las mieses en toda su madurez, y los *fellahs*, con claros trajes y la cabeza cubierta con multicolores *kafiehs*, se destacan admirablemente sobre el rastrojo y las gavillas cargadas de doradas espigas.

Después de este alegre paisaje encontramos un suelo inculto y pedregoso. Para llegar á Nazaret es necesario trepar una cuesta muy pendiente por un camino sobre piedra y resbaladizo, pero la vista que desde allí se descubre es soberbia. Nos agradaba mucho el contemplar aquellas colinas redondeadas, áridas unas, otras cultivadas, y todas envueltas en los vapores violáceos que anuncian la proximidad de la noche, cuando sentimos de repente un choque violento que nos arroja por tierra. La causa fué que se había salido de su lugar una rueda de nuestro *excelente coche*. Volcamos, pero felizmente sin hacernos daño; sólo el pobre conductor recibió una contusión. Hora y media nada menos se tardó en arreglar el carro y colocar en él el equipaje, de suerte que por este retraso no llegamos á Nazaret hasta cerrada la noche.

IV

Nazaret.—La gruta de la Anunciación y del Fiat. Visita al Padre Guardián.

Llegados al convento Franciscano, cuyas puertas se abrieron á nuestro llamamiento, se nos sirvió una confortativa cena y se nos dió una habitación limpia y bien amueblada, en donde el reposo vino felizmente á reparar las fatigas de la jornada. El toque del *Angelus* nos sirvió de despertador, y muy alegres de hallarnos en Nazaret, nos apresuramos á visitar cuanto antes el lugar benditísimo en que el ángel Gabriel apareció á la Virgen María hace bien pronto diez y nueve siglos.